

# El mapa actual del mundo y “los otros”

Arnoldo Kraus

La indignación y la desobediencia son bienes necesarios en nuestra sociedad. Son bienes obligados, para quienes tenemos la suerte de poder hablar, y contar con los elementos suficientes de análisis que permitan disentir y cuestionar las inequidades que conforman la realidad. Indignarse es una actitud cívica, moral y necesaria. Es, como dice Aurelio Arteta, “un afecto que acompaña a la justicia”. Muchos discursos contemporáneos, provenientes de grupos expoliados o vejados, emanan de las sensaciones que nacen a partir de la humillación y se expresan a través de la indignación. Fenómeno similar es el acto de la desobediencia: obedecer cuando campean injusticia, desigualdad e intolerancia es sumisión. Desobedecer como manifestación de conciencia social o individual es coherencia.

En estos tiempos, la indignación y la desobediencia son valores éticos y sociales. Son valores que promueven el cuestionamiento y que plantean la necesidad de una sociedad “mejor”, de una comunidad en donde los más se parezcan a los más. Sin estas voces, sin estas actitudes, el mundo continuaría moviéndose imperecedera-

mente por el mismo eje. El eje del poder, que amén de ciego y sordo, es intelectualmente obtuso. ¿Hasta cuándo podrán profundizarse las diferencias sin precipitar el fin de los unos y los otros? ¿Hasta cuándo podrá mantenerse el equilibrio entre quienes habitan la Tierra y quienes pretenden ser sus dueños?

A pesar de muchos esfuerzos, y de muchas voces, el mundo sigue poblado, en su mayoría, “de otros”. De una amorfa serie “de otros” que se multiplican y crecen bajo el dominio de quienes ostentan el poder en cualquiera de sus formas, y que han generado y siguen generando divisiones en el mundo. Los “otros” son incontables, de todos colores y orígenes, en ocasiones sin rostro, algunas veces sin destino y con frecuencia sin presente. Sin presente implica, para muchos, sumar humillaciones, marginaciones, sumisión, vejaciones y haber nacido sin pasado. Esas historias devienen heridas y rencores que, en muchos ámbitos, son espejo de la sociedad contemporánea.

El mundo actual es más dispar que redondo y está enfermo de un sutil mal que carece de denominación y definición precisa. De una enfer-

Este texto, que Los Universitarios ofrece a sus lectores, constituye un comentario al libro *Feminismo en México. Revisión histórico-crítica del siglo que termina*, compilado por Griselda Gutiérrez Castañeda y editado por el Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, 2002.

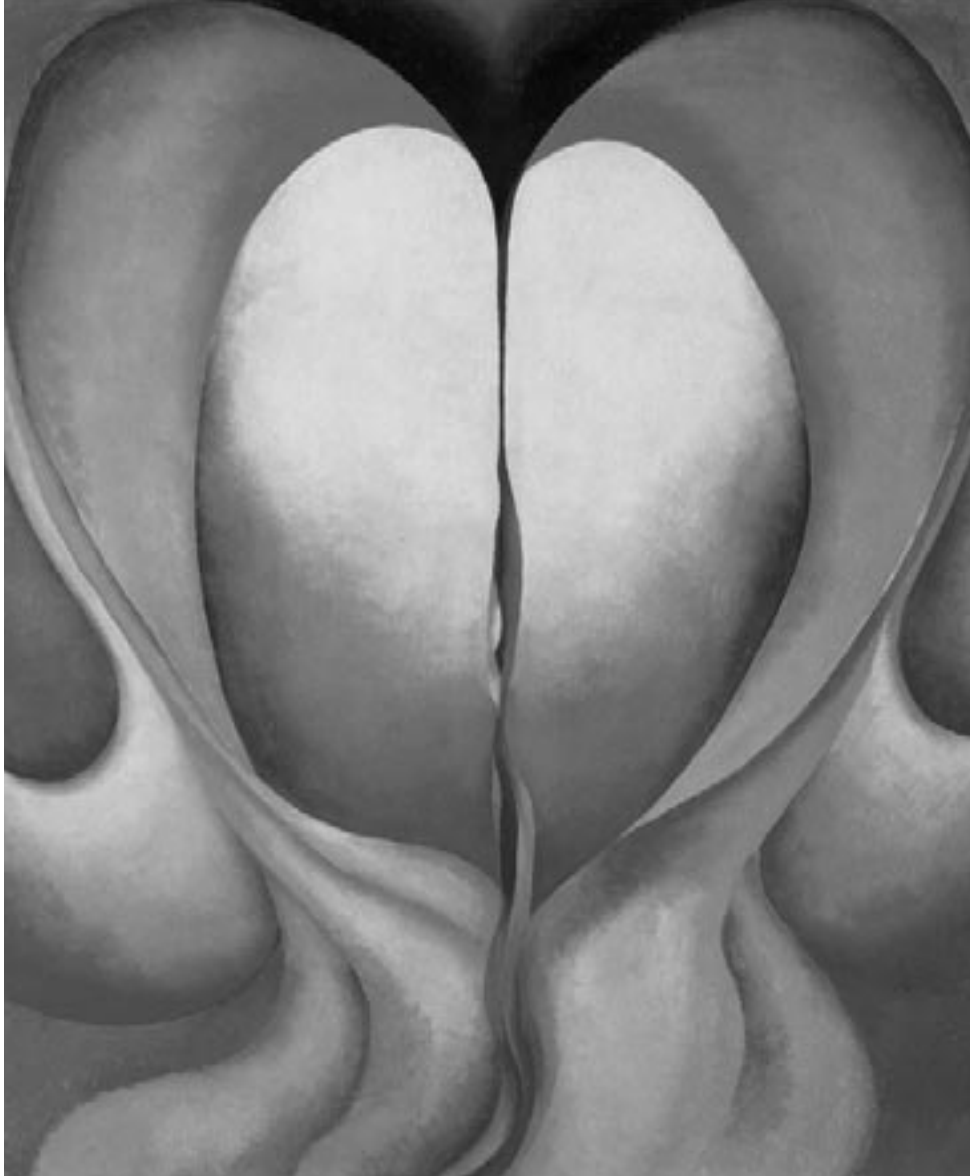


Georgia O'Keeffe, Grey Blue & Black Pink Circle, 1929

medad que engloba, en grados diversos, discriminación, racismo, miseria, silencios, amnesias, muertes tempranas, muertes atemporales y, muchas, sin funerales. Ese estado sin presente, aunado a una historia sin pasado, es un retrato de la actualidad, donde, en grados variables, lo humano no es siempre humano. En esta patología, llamémosla, “ser otro”, los seres suelen ser distintos por el peso de la historia, de la ignominia y de la incuria. Estas diferencias, por supuesto dan como resultado derechos, oportunidades y obligaciones desiguales.

El mapa actual del mundo da cuenta de este mal: por doquier los desencuentros entre unos y otros son tierra de maltrato y desprecio. La cotidianeidad expresada en los periódicos es fiel retrato de esa enfermedad, que, en ocasiones, se transforma en pandemia: los indios en Chiapas, en algunas naciones los homosexuales, los indocumentados mexicanos que mueren en los desiertos estadounidenses, los enfermos de SIDA abandonados por sus gobiernos y, con frecuencia, las mujeres. Simone de Beauvoir gustaba de decir que “en un mundo definido por y para los hombres, las mujeres son ‘las otras’ ”.

El libro *Feminismo en México. Revisión histórico-crítica del siglo que termina*, compilado por Griselda Gutiérrez Castañeda, es un retrato no estático del pasado y del presente del feminismo en México. Un retrato donde algunas imágenes futuras se atisban mejor bajo la mirada crítica del pasado y el peso del presente. Los ensayos son, a la vez, jóvenes y viejos. Muchas de las imágenes que constituyen este retrato tienen la dualidad de denunciar lo ya denunciado y de sembrar nuevas preguntas para que el retrato no sea mudo, para que las discusiones nunca finalicen. ¿Puede cerrarse un texto como éste a la luz de los acontecimientos en Ciudad Juárez, del trato desigual entre hombres y mujeres a lo largo y ancho del país en las maquiladoras o en otros trabajos? ¿Puede afirmarse que el feminismo es vieja moda cuando las controversias sobre el aborto remiten a la audiencia a un México decimonónico? El peso y la trascendencia de muchas de las querellas analizadas en este libro siguen siendo vigentes, pues son numerosos los problemas no resueltos a pesar de haber sido discutidos, a pesar de que suponemos transitar bajo la luz del progreso y el cobijo de la democracia.



Georgia O'Keeffe, Series I, No. 8, 1919

El esqueleto del libro permite leerlo en orden o en desorden, parcial o totalmente, por secciones o por afinidad con alguna de las autoras, cuyo número y profesiones dan cuenta cabal de la densidad del esqueleto, de la dinámica del retrato y de la urgencia del texto. Colaboran veintiocho mujeres: psicólogas sociales, periodistas, antropólogas sociales, expertas en estudios étnicos, economistas, literatas, filósofas, sociólogas, eticistas, etnólogas, artistas, abogadas y, sospecho, algunas feministas. Al vincular la realidad con los ensayos, es claro que el libro no emerge

por meros motivos académicos o por serendipia, sino por la necesidad de responder a lo que De Beauvoire, al hablar de las mujeres, define como las otras.

Entre la desafortunada frase “estoy seguro de que la vitalidad de muchas estudiantes de arte deriva de una maternidad frustrada” y la devaluación cultural de las mujeres, que de acuerdo con Lesley Doyal hace que las mujeres “sean no solamente diferentes, sino física, psicológicamente y socialmente inferiores”, quedan los capítulos de este texto y la insoslayable realidad.



Georgia O'Keeffe, An Orchid, 1941

Recargarse en ellos ofrece suficientes motivos para la reflexión y la cavilación.

En el libro se habla de la historia del 10 de mayo —recuérdese que en México, quien, siendo mayor de quince años, no haya chingado a su madre mil veces no es mexicano—, de las madres simbólicas del feminismo en México donde se cita a Rosario Castellanos —Meditación en el umbral—:

No, no es la solución tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi ni apurar el arsénico de Madame

Bovary ni aguardar en los páramos de Ávila la visita del ángel con Venablo, antes de liarse el manto a la cabeza y comenzar a actuar. Debe haber otro modo que no se llame Safo ni Mesalina ni María Egipcíaca. Otro modo de ser humana y libre. Otro modo de ser.

Otro modo de ser, agregó, en donde los discursos sobre género sean pasado, y la necesidad de proclamar cada 25 de noviembre como el Día Internacional de la No Violencia contra las Mujeres sea mera retórica.



Georgia O'Keeffe, Series 1, No. 4, 1918

En el capítulo “Impresiones feministas en la plástica en México”, se documenta, por ejemplo, que “en la exposición para conmemorar los 25 años del Museo de Arte Moderno se puede comprobar que de doscientas siete exposiciones individuales, sólo treinta correspondieron a artistas mujeres, o sea, el quince por ciento”. Se menciona, también, “que de cada diez artículos que escriben los críticos de arte en la prensa mexicana sólo dedican uno a una artista”, y se resalta que en algunos salones donde se exhibe obra plástica el valor de la producción femenina es tres veces menor.

En el capítulo “Las políticas públicas en salud”, puede uno enterarse que al año mueren más de cuatro mil quinientas mujeres por cáncer cervicouterino siendo ésta la primera causa de mortalidad en mujeres de veinticinco a cuarenta y siete años en el Distrito Federal. Asimismo, se habla de la falta de atención a las mujeres en muchos rubros y de la mala calidad en exámenes indispensables como el Papanicolau. Se asevera, también, que en el caso de las mujeres, algunos tumores malignos se han quintuplicado. Los malos resultados son notorios y las conclusiones



Georgia O'Keeffe, Small Purple Hills, 1934

gratuitas: inequidad y discriminación son corolario mínimo.

Bajo el rubro “El feminismo y los derechos humanos en México en el nuevo siglo” se lee que

la falta de respeto a los derechos humanos siempre involucra una autoridad, que el feminismo ha planteado que el sistema patriarcal es una autoridad consuetudinaria y que la violencia contra las mujeres ejercida en nombre de las reglas y costumbres de ese sistema es una violación a los derechos humanos de las mujeres.

Al respecto, rescato algunos datos provenientes de la literatura mundial. La discriminación contra las mujeres tiene varias vertientes. Se sabe que, en muchas ocasiones, trabajan más que los hombres pero que su labor es menos apreciada. En promedio, su salario es treinta o cuarenta por ciento menor que el de los hombres y el trabajo doméstico no es remunerado. Manejan sólo el diez o veinte por ciento de los puestos administrativos y su representación es muy pobre en los campos de la política y del poder. A nivel mundial, no se paga el sesenta por ciento del trabajo femenino.

En otras líneas se analiza la arquitectura de la exclusión, en donde se plantean, entre otras, algunas preguntas: “¿hay lugar para las víctimas?”,

“¿están las mujeres en posición de dialogar con su otro o sus otros?”. La exclusión es un fenómeno contemporáneo, execrable, brutal, inhumano y, sin duda, en aumento. Implica un denso entretejido atado por nudos históricos y presentes difíciles de desembrollar. Tan densos, que incluso lo que parecería imposible es realidad: la mujer es frecuentemente “el otro”. La posibilidad de dialogar, es decir, de hacer que “el otro” sea “menos otro”, implica cavilar sobre la responsabilidad moral, sobre la obligación de que quienes poseen la voz la utilicen a favor de aquellos a quienes sólo se les permite utilizarla fragmentariamente.

Husserl habló de la responsabilidad para con la verdad y Heidegger de los vínculos entre responsabilidad y autenticidad. Emmanuel Levinas en *De otro modo de ser o más allá de la esencia*, dice: “desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él”, y afirma que “la responsabilidad es inicialmente un para el otro. Esto quiere decir que yo soy responsable de su misma responsabilidad”. En ese sentido, el compromiso es intransferible e irremplazable. Consiste en recordar los vínculos entre desobediencia y libertad y entre los amarres que existen entre exclusión, desigualdad y falta de libertad. De ahí que haya que reparar con seriedad en la sentencia que asevera que “la libertad consiste en saber que la libertad está en peligro”. La infundibulación, Pro Vida, Ciudad Juárez y las madres que mueren cada día por abortos practicados en la clandestinidad son fiel testimonio de la urgencia moral de darles voz a las víctimas. Son, también, elementos que sugieren, que debe fomentarse y vindicarse la ética en el discurso occidental como semilla para que las víctimas no sólo dejen de ser víctimas sino que se transformen en conciencia.

En el ensayo dedicado a “Antropología, género y feminismo” se asevera que

los procesos neoliberales avanzarán si no se frena su raigambre en la desigualdad entre mujeres y hombres y en las múltiples injusticias patriarcales, y si no se detiene el abatimiento de la vida de las mujeres y la exclusión y confrontación violenta entre los hombres,

y se sustenta “que el humanismo no es tal si no es feminista”. Es cierto que los procesos neoliberales han hecho más crudas las diferencias entre hombres y mujeres; basta repasar cuántas mujeres diri-

gen empresas, cuántas han ganado el Premio Nobel, cuántas han sido presidentas y cuántas han sido rectoras de la UNAM. Es cierto también que se debe poner coto a la exclusión y a las injusticias de género como única posibilidad para refundar una sociedad mejor, pero no hago mía la idea de que “el humanismo no es tal si no es feminista”. Creo, más bien, que el humanismo es ante todo asexual y sin orientación de género.

El humanismo es un fenómeno olvidado y descuidado. Urge rehabilitarlo y reconstruirlo, pero desprovisto de sexo. De hecho, en el libro, existen incontables apelaciones al humanismo como una de las únicas posibilidades para mitigar todas las inequidades en él expuestas. Lo humano de la mujer o del hombre, lo que los hace precisamente seres humanos no consiste únicamente en pertenecer al mundo, sino en preocuparse por lo externo, por lo que va más allá de la propia persona, por lo que da vida a todas las mujeres y hombres, y que, por supuesto, carece de sexo. Perogrullo dixit: lo único que puede salvar al ser humano es el humanismo, el humanismo universal y equitativo.

Por eso creo que la pregunta ¿y si Dios fuese una mujer?, en caso de responderse afirmativamente no mitigaría ni resolvería el carácter antropocéntrico de la versión masculina cuando se analiza el discurso de Dios, sino que, más bien, pondría en evidencia, una vez más, la necesidad de conjugar los deseos y metas de ambos sexos bajo un mismo tamiz.

Finalizo. Imposible enumerar la amplísima gama de temas expuestos en *Feminismo en México*. El caleidoscopio de las reflexiones y de las heridas es inmenso y la interrelación entre ellas inagotable. El feminismo persiste porque la suma de lo excluyente pesa más que la suma de lo incluyente. Persiste porque, a pesar de incontables esfuerzos de grupos feministas y grupos o voces comprometidas con la verdad, para no pocas mujeres el presente sigue siendo amenaza. Para muchas, no obstante de que biológicamente son superiores, pues de cada cinco personas mayores de ochenta y cinco años cuatro son mujeres, el presente sigue marginándolas y enfermándolas como resultado del daño ambiental y de la inferioridad social. Para muchas, el presente requiere construirse con esfuerzos denodados cuando se les compara con los hombres. El feminismo no cesa, porque las enfermedades que carcomen el



Georgia O'Keeffe, *Birch and Pine Tree, No. 2*, 1925

cuerpo y muerden la dignidad persisten; no cesa porque esa sutil pero presente enfermedad inominada, en donde las mujeres siguen siendo “los otros”, continúa dominando muchos renglones de la realidad. ①